

ANTONIO ALATORRE

# LOS 1,001 AÑOS DE LA LENGUA ESPAÑOLA



TEZONTLE

# I

## LA FAMILIA INDOEUROPEA

Conozco a un caballero llamado Guillermo Ramírez España, descendiente de cierta Josefa Ramírez, nacida hacia 1645. El señor Ramírez España tiene noticias fidedignas no sólo acerca de la descendencia de esa Josefa Ramírez (hermana, por cierto, de Juana Ramírez, llamada luego Sor Juana Inés de la Cruz), sino también acerca de los ascendientes: la madre, Isabel Ramírez, y el abuelo, Pedro Ramírez; y sabe que el padre de este último se llamaba Diego Ramírez. Su árbol genealógico cubre, así, algo más de cuatro siglos. Yo, en cambio, no tengo noticias ni de uno solo de mis bisabuelos. Mi árbol genealógico es pequeñito. Y el del señor Ramírez España se queda chico en comparación con árboles genealógicos de mil años o más. Claro que los individuos capaces de exhibir una historia continua de su familia a lo largo de tanto tiempo son relativamente raros. Pues bien, eso que es raro en la historia de los individuos es, en cambio, frecuentísimo en la de las instituciones sociales: el derecho, las religiones, las costumbres, las artes, todo lo que solemos llamar fenómenos culturales. Y de estos fenómenos, los que tienen la más larga historia continua son las lenguas del mundo. (Hay pueblos con poca historia externa y “visible”, pero no los hay sin una lengua perfectamente acorde con su cultura, y que constituye, así, su historia íntima y profunda.)

He hablado de historia *continua*, o sea sin interrupciones. La flor que se llama *rosa* en español era también *rosa* en el latín de Cicerón, hace más de dos mil años. Los lingüistas, gracias a sus refinados métodos reconstructivos, podrán demostrar que Cicerón no la pronunciaba como nosotros (su *r*- inicial, por ejemplo, seguramente no era idéntica a la del español “normal” de hoy), pero, con todos los cambios de pronunciación que se quiera, la continuidad es evidente. También es evidente la continuidad si de *rosa*, ‘la rosa’ (en latín no había artículos), pasamos a *odor rosae* ‘el perfume de la rosa’. No necesitamos saber latín para identificar ese *odor*: se trata, sin duda, del *olor*. (De hecho, ya en tiempos de Cicerón, al lado de la pronunciación “culto” *ódor* existía una pronunciación “vulgar” *ólor*. Quizá el propio Cicerón, en momentos de descuido, decía *ólor*: nuestro verbo *oler* era *olere* en latín.) Y esa terminación *-ae* tiene

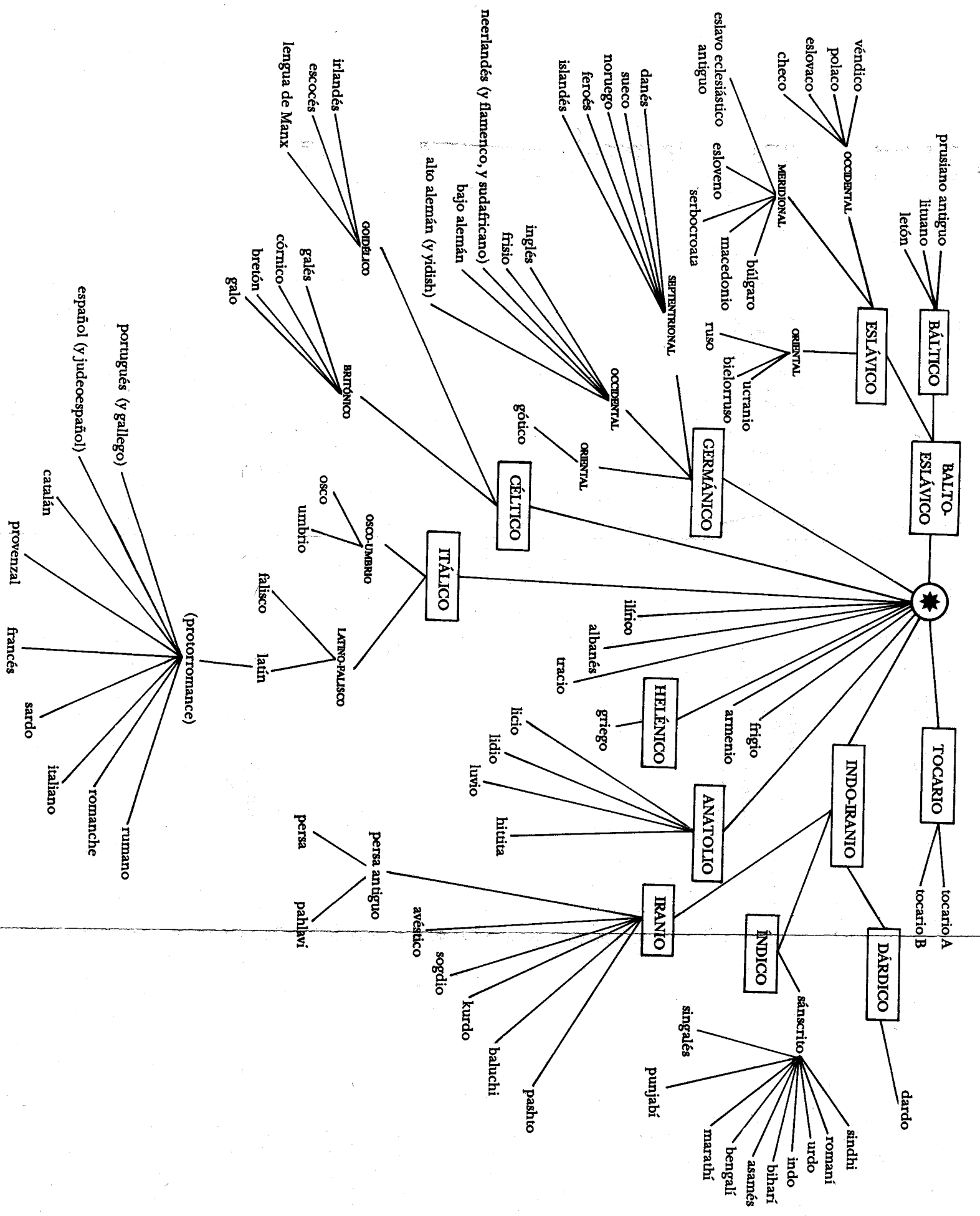
que indicar la relación entre *rosa* y *odor*. Tampoco necesitamos saber latín para entender que *rosae* es 'de la rosa'. La continuidad, ligeramente emborronada aquí, sigue siendo, sin embargo, perfectamente visible.

En el caso de *rosa* no podemos ir mucho más lejos, pues aunque su nombre griego, *rhodon*, permite a los lingüistas postular una raíz común, *wrod-* (de donde procede también, aunque no lo parezca, la palabra persa *gul*), esa raíz "reconstruida" por ellos es de origen desconocido. La palabra *rosa*, en comparación con muchísimas que empleamos todos los días, no tiene una historia muy larga.

Las palabras *maestro*, *más*, *matar*, *majestad*, *mayo*, *mayor*, *tamaño* y otras muchas, tienen una historia continua de más de dos mil años, parecida a la historia de *rosa*, porque todas ellas proceden del latín, pero aquí el origen de las palabras latinas (*magister*, *magis*, *mactare*, etc.), y de las correspondientes de otras lenguas afines, como la palabra griega *meas*, 'grande' (presente en *megaterio*, *megatón*, *megalomanía*, etc.), sí es conocido, de manera que su historia puede ser continuada hacia atrás a lo largo de muchos otros siglos, hasta llegar, mediante el método comparativo, a un antiquísimo ancestro común: la raíz *meg(h)-*. También las palabras *rey*, *derecho*, *regla*, *ruego* y *prórroga* y muchas otras, a través del latín (*rex*, *directum*, *regula*, etc.) y de los antecesores del latín, se remontan en línea continua a una antiquísima raíz *reg-*, de la que vienen, además, entre otras de muchas lenguas modernas, la palabra alemana *Reich* ('reino') y la palabra inglesa *right* ('derecho').

Estas dos raíces, *meg(h)-* y *reg-*, verdaderas palabras-madres, pertenecen a una lengua llamada "indoeuropeo", que se hablaba hace seis o siete mil años en una zona de Europa o de Asia que nadie ha sido capaz de precisar, puesto que no existe ningún documento escrito de semejante antigüedad. A fines del siglo XVIII, cuando la lingüística comparada estaba en pañales, alguien identificó esa lengua madre con el sánscrito, el idioma "sagrado" de la India. Ahora se sabe que el sánscrito no es sino uno más de los descendientes del indoeuropeo o "proto-indoeuropeo" original. El número de los descendientes es enorme, como puede verse en la adjunta tabla "genealógica" (muy simplificada).

El punto de irradiación de las líneas genealógicas es el tronco indoeuropeo. Los puntos terminales de las líneas llevan el nombre de unas ochenta lenguas brotadas en última instancia de ese tronco. En su mayor parte son lenguas vivas; pero algunas, como el gótico, desaparecieron hace siglos, y otras, como el tocario A y el tocario B, se extinguieron hace milenios. Algunas, como el inglés y el español, son habladas por centenares



de millones de personas; otras, como el islandés y el galés, por menos de un millón. Algunas, como el griego, cuentan con una vasta literatura; de otras, como el umbrio y el hittita, apenas nos han quedado unos pocos vestigios. Pero todas ellas han contribuido a la reconstrucción del tronco indoeuropeo, perdido en los abismos de la prehistoria. Más que tronco, es una extensa masa de "raíces" (como *meg(h)*-, como *reg*-), descubiertas a fuerza de escarbar en el suelo y el subsuelo de las ochenta lenguas hijas y a fuerza de comparar pacientemente los innumerables hallazgos. La reconstrucción del "proto-indoeuropeo", llevada a cabo en los siglos XIX y XX, es una de las hazañas más brillantes de la ciencia lingüística.

El parentesco que une a las lenguas romances o neolatinas, hijas del latín, salta a la vista (o al oído), si bien el grado de semejanza que las lenguas hermanas tienen con la nuestra varía mucho: el portugués, por ejemplo, nos es muchísimo más fácil de entender que el rumano. Algo sabemos, además, de la familia de nuestra madre el latín. Sabemos que tuvo una hermana, el falisco, y que la madre de ambas venía de una familia "itálica" a la cual pertenecían también, de alguna manera, el osco y el umbrio o úmbrico (que serían como tías o primas del latín), pero el osco y el umbrio y el falisco no se conocen sino muy borrosamente. Nuestro parentesco con el holandés, y no digamos con el armenio o con el bengalí, es infinitamente más difícil de establecer. Por una especie de paradoja, el tronco reconstruido tiene más "evidencia" que sus primeros ramales. Estamos casi en tinieblas en cuanto a la antigüedad del ramal "balto-eslávico" o del ramal "anatolio". Pero hay un hecho claro: en nuestros días las lenguas indoeuropeas son habladas aproximadamente por media humanidad, y en ellas se escribe mucho más de la mitad de cuanto se imprime y publica en nuestro planeta.

Recordemos ahora la línea continua que va de *odor rosae* a *el olor de la rosa*. ¿Es posible ver continuidades como ésa entre el español de hoy y el indoeuropeo de hace cincuenta siglos? La respuesta es: Sí, pero no de manera tan clara. Los caminos son casi siempre algo tortuosos. Suelen ser utilísimos el sánscrito y el griego, no porque sean antepasados genealógicos del latín, sino porque dejaron abundantes testimonios escritos desde época más antigua. En una cadena ideal que comience en el español de hoy y termine en el proto-indoeuropeo no habrá, seguramente, ningún hablante que haya usado como propia la palabra *maharajah*, que pertenece al sánscrito (y a las diez o más hijas del sánscrito que se hablan en la India); pero, tras cierto esfuerzo, acabamos por reconocer en *maha* el latín *magnus* (que sobrevive en palabras españolas como *tamaño* y *Carlo-*

*magno*), tal como en *rajah* acabamos por reconocer el latín *rex* (que sobrevive en la palabra española *rey*). Y entonces decimos: "Ah, claro: *maha-rajah*, magno-rey". Lo que luego tendríamos que hacer sería averiguar el recorrido preciso que lleva a las raíces indoeuropeas *meg(h)*- y *reg-*.

Un ejemplo de continuidad que resulta mucho más claro desde el punto de vista del español es el de las raíces indoeuropeas *es-* y *stā-*, que significan nada menos que 'ser' y 'estar' (diferencia que no existe en francés). Otro ejemplo es el del binomio indoeuropeo *pāter/māter*, de donde procede, a través del latín *pater/mater* (en sus flexiones *patrem/matrem*) nuestro binomio *padre/madre*.

Ninguna de las lenguas indoeuropeas abarca, ni muchísimo menos, la totalidad de las raíces que se han descubierto. El griego y el inglés, para poner un pequeño ejemplo, se remontan al binomio *pāter/māter* para sus respectivas designaciones del 'padre' y la 'madre', pero sus designaciones del 'rey' no proceden de *reg-*, sino que tienen, cada una, su historia aparte. Además, si sólo en español la raíz *meg(h)*- ha producido resultados tan diversos como *maestro*, *más*, *matar*, *majestad*, etc., bien podemos imaginar qué cúmulo de cambios o de extensiones de significación habrán experimentado unas raíces que en proto-indoeuropeo no significaban, cada una, sino una sola cosa.

Tanto más impresionante resulta el caso de toda una serie de palabras que no sólo significan hoy exactamente lo mismo que hace seis o siete mil años, sino que sobreviven en todas las lenguas indoeuropeas, y son los numerales del 2 al 10 (no el 1, que tiene nombres variados). En el cuadro de la página siguiente puede verse una muestra. Está primero la lengua madre, la reconstruida. Siguen doce de sus hijas, y al final, para servir de contraste, cuatro lenguas no indoeuropeas, elegidas caprichosamente. El *sánscrito*, lengua no hablada, sobrevive en sus descendientes de la India (y en otra más que vaga por el mundo: el romaní o lengua de los gitanos), las cuales mantienen con pocas alteraciones los numerales del *sánscrito*. El ramal *helénico* se reduce al griego (las formas del cuadro son las usadas en el griego ático hace 2,500 años). El ramal *italico* está representado por el latín clásico y por el francés. El *céltico*, por el irlandés antiguo y por el galés. El *germánico*, por el gótico (lengua muerta) y por el alemán y el inglés. El *báltico*, por el lituano. El *eslávico*, por el eslavo antiguo (o "eslavo eclesiástico") y por el polaco. Las lenguas no indoeuropeas son el húngaro, el turco, el náhuatl y el vascuence. Explicar la pronunciación de las distintas voces, y sobre todo la razón de las diferencias que muestran entre sí, requeriría un espacio enorme. Pero el lec-

	2	3	4	5	6	7	8	9	10
<i>Indoeuropeo</i>	duō	trei-	kwetwer-	penkue	sueks	septm	oktō	neuen	dekm
<i>Sánscrito</i>	dvaú	tráyas	catváras	páñca	ṣaṭ	saptá	aṣṭáu	náva	dáśa
<i>Helénico</i>	duó	treís	téttares	pénte	héx	heptá	oktō	ennéa	déka
<i>Itálico</i>	{ duo	trēs	quatuor	quinque	sex	septem	octō	novem	decem
	{ deus	trois	quatre	cinq	six	sept	huit	neuf	dix
<i>Céltico</i>	{ da	tri	cethir	cóic	sé	secht n-	ocht n-	noí n-	deich n-
	{ deu	tri	pedwar	pump	chwech	seith	wyth	naw	dec
<i>Germaníco</i>	{ twai	preis	fidwor	finf	sahs	sibun	ahtau	nun	taihun
	{ zwei	drei	vier	fünf	sechs	sieben	acht	neun	zehn
	{ two	three	four	five	six	seven	eight	nine	ten
<i>Báltico</i>	dū	trýs	keturi	penki	šeši	septyni	aštuoni	devyni	dėšimt
<i>Eslánico</i>	{ dūwa	trije	četyre	peti	šestū	sedmī	osmī	devetī	desetī
	{ dwa	trzy	cztery	pięć	szesc	siedem	osiem	dziewięć	dziesięć
<i>Lenguas no indoeuropeas</i>	{ kettó	három	négy	öt	hat	hét	nyolc	kilenc	tíz
	{ iki	üç	dört	beş	altı	yedi	sekiz	dokuz	on
	{ ome	yei	nahui	macuilli	chicuace	chicome	chicuei	chiconahui	matlacli
	{ bi	hiru	lau	bost	sei	zarpi	zortzi	bederatzi	hamar

*Designaciones de los números del 2 al 10 en doce lenguas indoeuropeas  
y en cuatro lenguas no indoeuropeas*

tor puede observar, por ejemplo, (a) que el sánscrito no es la lengua que más se parece al indoeuropeo original; (b) que el griego tiene en su 6 y en su 7 una *h-* en vez de la *s-* del latín y de las demás lenguas indoeuropeas (así también, la *h-* griega de *hemi*, en *hemisiciclo*, corresponde a la *s-* latina de *semi*, en *semicírculo*); (c) que el 9 griego comienza con un “anormal” elemento *en-*; (e) que el báltico y el eslávico “anticipan” en su 9 la *d-* del 10... El lector puede descubrir nuevos puntos de comparación y llegar por su cuenta a nuevas conclusiones, porque en cualquier hablante de una lengua hay un lingüista en potencia. (El 10 húngaro, *tíz*, se parece al *dix* francés, pero debe ser casualidad. En cambio, no parece casual que el 6 vascuence sea *sei*: debe ser préstamo del español.) La ciencia lingüística nació de la comparación, y en este cuadro hay mucho que comparar.

En resumen, la historia de la lengua española no se inicia hace 1,001 años, sino hace muchos, muchísimos más. Nuestra lengua es el indoeuropeo. Aun cuando a lo largo de los siglos hayamos alterado las palabras, y olvidado muchas y adoptado otras muchas, el núcleo de nuestro vocabulario sigue siendo el mismo. Y no sólo de nuestro vocabulario. Ciertos esquemas básicos de gramática y morfología (por ejemplo los paradigmas de la conjugación: *fui*, *fuiste*, *fue*, *fuimos*, *fuisteis*, *fueron*) son también continuación de los del proto-indoeuropeo. Con todas las alteraciones, la continuidad es perfecta.

¿Podemos estirar la línea de continuidad más allá de los 7,000 años? Porque 7,000 son muy pocos, y es claro que los hablantes del proto-indoeuropeo no inventaron su lengua, sino que la aprendieron, como aprendemos nosotros la nuestra. Y esa lengua tuvo su madre, y su abuela, y su bisabuela, y su tatarabuela, etc., etc., hasta llegar a una “Eva” lingüística. Especular en torno a semejante pregunta es chapuzarse en un océano de tinieblas, porque hablar de los orígenes del lenguaje es hablar de los orígenes del hombre, y de esto es poquísimos lo que se sabe, pese a los esfuerzos de la paleontología, la antropología, la anatomía comparada, la psicología. El campo de las conjeturas es enorme. Se dice ahora que el hombre apareció en la tierra, como especie aparte, hace un millón de años; pero si alguien prefiere hablar de dos millones, su preferencia no va a provocar escándalo. Son legítimas todas las discusiones acerca de las características humanas: la posición erecta, la configuración de la mano y del cráneo, el volumen del cerebro. Y se puede conjeturar legítimamente que ya teníamos cierta especie de lenguaje antes de que nuestro cerebro se desarrollara del todo, antes de que supiéramos



usar herramientas, cuando éramos, en cierta zona de África, una de las variedades de simios antropoides, todavía no hombres.

Pero en el océano de tinieblas hay rayitos de luz, y uno de ellos es precisamente de orden lingüístico. En las palabras indoeuropeas *pater* y *māter*, lo único específicamente indoeuropeo es el elemento *-ter*, usado en muchas otras palabras indoeuropeas (tal como el elemento *-ador* es lo único específicamente español de la palabra *esquiador*). El núcleo mismo es anterior al indoeuropeo. Y la prueba es ésta: en incontables lenguas no indoeuropeas el padre y la madre se llaman *pa(pa)* y *ma(ma)* o cosas por el estilo. Las voces *pa* y *ma* están en el origen del lenguaje, y no falta quien diga que *son* ese origen. Como quiera que sea, el postulado lingüístico de que “el lenguaje de la infancia nos lleva a la infancia del lenguaje” está resultando tan fecundo como el postulado biológico de que “en la ontogénesis se resume la filogénesis”. Los millones de bebés “de habla española” que en estos momentos balbucean su *papa* y su *mama* (o cosas parecidas: *tata*, *baba*, *bebe*, *nene* . . .) están continuando la lengua de los orígenes.

## II

### LENGUAS IBÉRICAS PRERROMANAS

Los historiadores de la lengua española necesitan remontarse al latín: si no lo hicieran, su historia sería incomprensible. Hay filólogos que no se contentan con hablar del latín a partir de la época en que se implantó en España (cuando la lengua de Roma era ya prácticamente la única hablada en la península itálica), sino que comienzan más atrás, arguyendo que ciertos soldados o colonos romanos llevaron a Hispania rasgos provenientes de la lengua de los oscos, “tía” o “prima” del latín, como ya vimos. Pero esos rasgos, ni siquiera demostrados concluyentemente, carecen de relieve frente a la masa abrumadora de la lengua latina.

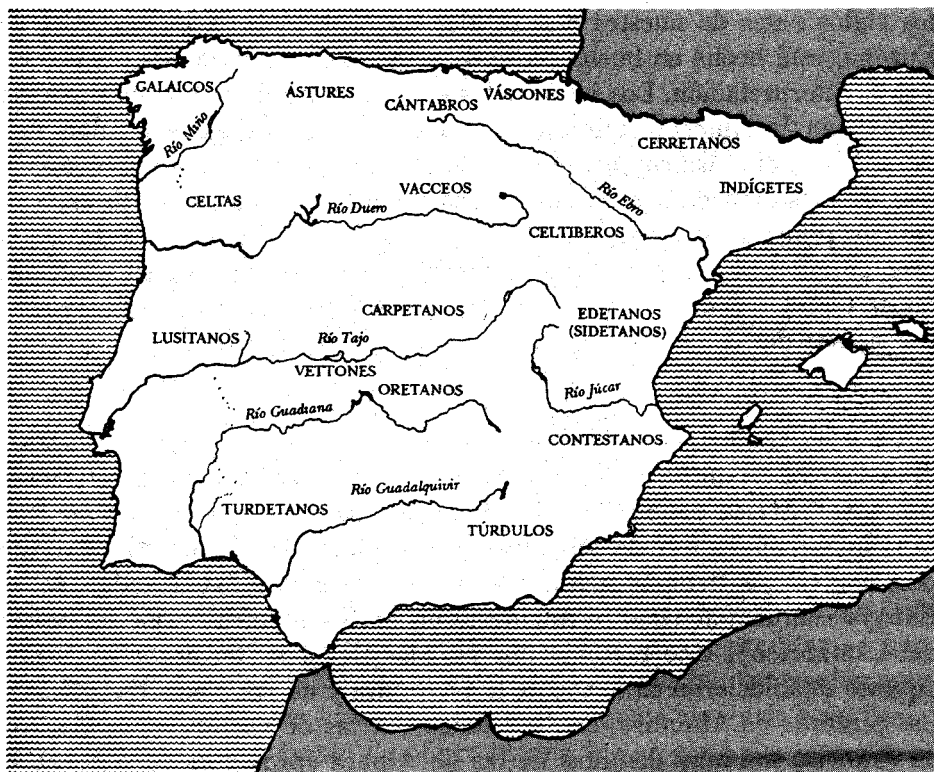
Mucho más importante que esa indagación es el esfuerzo dedicado a saber qué lenguas se hablaban en la propia península ibérica cuando ésta fue ocupada por los romanos. Varias generaciones de eruditos se han entregado a tan ardua tarea. Es verdad que sus trabajos, tremendamente especializados, no suelen orientarse hacia el presente sino más bien hacia el pasado, puesto que tratan de poner alguna luz en sombrías zonas prehistóricas; pero muchas de sus conclusiones valen para la historia de nuestra lengua. Los hispanohablantes de hoy seguimos empleando, en efecto, buen número de palabras usadas ya por los distintos pueblos prerromanos, y varios rasgos característicos del castellano, como la presencia de una *h* ahí donde el italiano y las demás lenguas hermanas tienen *f*—*herir*, *hacer*, *hoja*, *humo*, etc., y no *ferir(e)*, etc.—, se han explicado, muy plausiblemente, como herencia “viva” de alguna de aquellas viejas lenguas anteriores a la entrada del latín.

Por desgracia, lo que en este terreno se sabe con seguridad es todavía poco, y las conclusiones a que se va llegando suelen leerse con un “quizá” sobreentendido. Cuando se carece de datos irrefutables en que fundamentar una convicción científica, es natural basarse en conjeturas; y además, las veces que se libran del error, las conjeturas suelen adquirir una especie de verdad que no se encontraría de otra manera. Desde que en el “magdaleniense superior”, o sea la etapa más avanzada del paleolítico, unos artistas geniales pintaron los renos, bisontes y caballos salvajes de las cuevas de Altamira (provincia de Santander) hasta unos cuan-

tos siglos antes de nuestra era, la historia de España, y la de casi toda Europa, está hecha en buena parte de conjeturas, de hipótesis, de esfuerzos de interpretación. Los interesados en la historia de la lengua española interrogan las interpretaciones que diversos especialistas formulan después de estudiar las ruinas, las tumbas, las estatuas, vasijas y herramientas, algunas monedas, los restos de una espada; y estos especialistas, a su vez, les piden a los lingüistas y filólogos sus interpretaciones de los nombres antiguos de ciudades, de las inscripciones que subsisten y de las pocas noticias (aunque sean míticas) que los escritores hebreos, griegos y romanos dan o parecen dar acerca de la España primitiva.

Para un francés, para un inglés, para un europeo nórdico de nuestros días, España es un país no muy europeo, un país con mucho de africano. La frase "África empieza en los Pirineos" ha tenido fortuna, y no han faltado españoles que la suscriben con orgullo. De hecho, España fue poblada en los tiempos primitivos no sólo por pueblos llegados de la Europa continental (que se establecieron en los Pirineos y en las costas del Cantábrico), sino también por pueblos llegados del norte de África (que se establecieron en el sur de la península y en las costas levantinas). Las pinturas de Altamira, emparentadas con las de varias cuevas del sur de Francia, son muy distintas de las de Alpera (provincia de Albacete), que parecen relacionarse más bien con las pinturas rupestres africanas. A finales de la época prehistórica debe haberse añadido una tercera ruta de penetración: el homérico Mediterráneo. Para los grupos humanos que lentamente, pero una y otra vez y a lo largo de siglos y siglos, peregrinaron en busca de tierras, España fue el extremo último (occidental) del mundo, más allá del cual no había sino el océano impenetrable. (Y extremo último, *finis terrae*, siguió siendo en tiempos históricos.)

Es imposible tener una idea de las fusiones y escisiones que seguramente hubo entre las poblaciones primitivas de la península. El griego Estrabón nos ofrece en su famosa *Geografía o Descripción de la tierra*, escrita a comienzos de nuestra era, los nombres de no pocos pueblos diversos, que pueden verse, con su localización aproximada, en el mapa adjunto. (Dice el autor que había otros más, pero que prefiere no llenar la página con nombres impronunciables.) Sus lenguas, según él, eran o habían sido también diversas. Sin embargo, en los momentos en que Estrabón escribía, estaba ya consumada la romanización de la península; y aunque siguió habiendo todavía gentes que se aferraban a sus respec-



tivas lenguas en la Hispania romana, según se sabe por otros testimonios, estas lenguas (con una sola excepción) no tardaron mucho en morir.

Así, pues, la lista del geógrafo griego no ha resultado muy útil para los estudiosos. Fuera de dos o tres, esos pueblos no conocieron la escritura, y pocos de ellos dejaron alguna reliquia arqueológica distintiva. Es imposible hablar de una cultura “vaccea” o de una lengua “cerretana”, y decir que algo o alguien es “carpetovetónico” no es sino una manera de decir que es *mu*y español —pues “carpetanos” y “vettones” vivían en la parte central de la península.

Pero algunos de los pueblos enumerados por Estrabón merecen algo más que una simple mención. El primer lugar les toca a los iberos. Es verdad que el geógrafo habla de “celtiberos”, porque para entonces estarían aliados o fundidos de alguna manera con los celtas. Pero los iberos habían conocido tiempos mejores. Cinco siglos antes de Estrabón, el padre de la Historia, Heródoto de Halicarnaso, había hablado ya de *Iberia*, o sea, evidentemente, la región del río *Iber* (el Ebro actual), donde habitó ese pueblo, uno de los más avanzados o civilizados de la España prerro-

mana. Los iberos fueron muy permeables a las influencias helénicas, como lo muestran sus reliquias arqueológicas: monedas, objetos de metal, algunas figurillas y varias esculturas notables, la más hermosa de las cuales es la llamada "Dama de Elche". Más aún: los iberos poseían el arte de la escritura. Los eruditos modernos han conseguido descifrar, letra a letra, las varias inscripciones ibéricas (sobre plomo) que se conservan. Desgraciadamente, ninguno de ellos ha podido decir qué significan. Parece seguro que los iberos procedían del norte de África, y que en alguna época su territorio rebasó en mucho la cuenca del Ebro.

Los "turdetanos", situados por Estrabón en el oeste de la actual Andalucía, descendían de un pueblo que once o doce siglos antes de Cristo era ya famoso por su riqueza. El gentilicio "turdetanos" se relaciona, en efecto, con "Tartessos", nombre que da Heródoto a su ciudad principal, situada en la desembocadura del Guadalquivir (y de la cual los arqueólogos modernos no han podido encontrar rastro alguno). "Tartessos", a su vez, no es sino helenización evidente de la palabra semítica *Tharshish*, que aparece varias veces en la Biblia: el libro I de los Reyes dice que Salomón "tenía una flota que salía a la mar, a Tharsis, junto con la flota de Hiram [rey de Tiro, en Fenicia], y una vez en cada tres años venía la flota de Tharsis y traía oro, plata, marfil, monos y pavorreales"; entre las cosas soberbias que el Señor Dios se propone destruir —las montañas, los cedros del Líbano, las altas torres—, enumera Isaías "las naves de Tharsis"; y Ezequiel atribuye a Tharsis "multitud de todas riquezas en plata, hierro, estaño y plomo". A causa quizá del prestigio de Heródoto, el nombre "Tartessos" ha tenido fortuna, y los "turdetanos" de Estrabón suelen llamarse *tartesios*.

Los textos bíblicos confirman la noticia de que los fenicios, grandes navegantes, manejaron desde el siglo XI a.C. un activo tráfico mercantil entre la zona tartesia y las ciudades de Tiro y Sidón. Siglos más tarde, los griegos entablaron con los fenicios una competencia de la cual parecen haber salido derrotados. Según Estrabón, los tartesios alardeaban de que su escritura tenía una antigüedad de seis mil años. Tan notoria exageración puede explicarse por el hecho de que ya en el siglo I d.C. esa escritura, como los poemas y leyes versificadas de que también alardeaban los tartesios, eran cosa del pasado: para esas fechas no sólo habían adoptado ya las costumbres romanas, sino que habían olvidado también su lengua.

No es de extrañar, pues, que las inscripciones tartesias que nos han llegado sean aún más difíciles de descifrar que las ibéricas. Lo único que se puede decir es que su escritura emplea signos distintos de los iberos,

y también una lengua distinta. No se sabe, en resumen, qué relación hubo entre ellos, a pesar de que unos y otros parecen haber llegado a España desde el continente africano.

En cuanto a los pueblos que Estrabón sitúa en el centro de la península, como los “carpetanos” y los “oretanos”, parecen ser restos o fragmentos de una o varias oleadas migratorias de lígures, ocurridas en fechas imposibles de precisar. La Liguria de hoy es la región italiana que tiene por centro a Génova, pero en los tiempos prehistóricos los lígures ocuparon un territorio mucho mayor, al este lo mismo que al oeste. Al llegar a España llevaban en su lengua, no indoeuropea, muchas contaminaciones de la lengua indoeuropea de los ilirios, moradores de lo que hoy es Yugoslavia, a quienes parecen haber subyugado. Algunas de las modificaciones observadas en el latín hispano parecen explicarse por influencia de la lengua semi-indoeuropea de esos ilirio-lígures.

Los celtas, pueblo famosísimo de la antigüedad, figuran dos veces en la lista de Estrabón: una en lo que es hoy Galicia y norte de Portugal, y otra en la región de la actual Soria, en la ya mencionada alianza con los iberos. De hecho, la toponimia, auxiliar siempre fidedigno de la lingüística y de la historia, nos revela que hubo celtas en la mayor parte del territorio peninsular. Véanse, como muestra, estos nombres célticos de lugar: *Brácara* (la actual Braga), *Aébura* (Évora, y también Yebra), *Bletísama* (Ledesma), *Mundóbriga* (Munébrega), *Conímbriga* (Coimbra), *Segóbriga* (Segorbe), *Segovia* (Segovia), *Segontia* (Sigüenza), *Bisuldunum* (Besalú), *Clunia* (Coruña). Los pueblos célticos, de lengua indoeuropea, se habían extendido ya —o seguían extendiéndose— por las islas británicas y el actual territorio de Francia cuando llegaron a España, quizá en varias oleadas, a partir más o menos del siglo VIII a.C.

El celta primitivo es perfectamente conocido, no sólo porque abundan sus testimonios antiguos, sino también por lo mucho que se puede reconstruir a base de sus varios descendientes actuales (gaélico, irlandés, bretón, etc.). Las ruinas de “castros” y “citanias” de los celtas que se conservan en España y Portugal dan la impresión de que fueron un pueblo siempre a la defensiva. (Los galos que se opusieron a Julio César eran celtas; también varios de los caudillos que se enfrentaron en España a los romanos llevaban nombres célticos.) Los celtas dejaron en España una fuerte huella lingüística, más marcada tal vez en Portugal y en Galicia (hay gallegos modernos que se sienten auténticos continuadores del “espíritu” céltico). No tenían alfabeto propio: las inscripciones que nos dejaron están en caracteres latinos, salvo una, sobre plomo, que curiosa-

mente utiliza el alfabeto ibérico. Gracias a estas inscripciones (tardías) se puede asegurar que el celta hispano llegó a tener ciertas modalidades propias. Su influencia sobre aspectos estructurales (fonológicos, por ejemplo) de los romances peninsulares debe haber sido muy grande, aunque es difícil de precisar, a causa justamente de la gran difusión prerromana del celta general en el occidente europeo. Una muestra: el italiano *notte* y el rumano *noapte* mantienen el grupo *-ct-* del latín *noctem* mejor que el español *noche*; lo ocurrido en español con ese grupo *-ct-* se explica por influencia céltica —y la misma explicación vale para el portugués *noite*, el provenzal *nuech*, el francés *nuit* y el catalán *nit*. Por otra parte, el vocabulario de origen céltico es abundantísimo. De las regiones habitadas por celtas ya había tomado el latín, entre otras muchas, las palabras de donde vienen *abedul*, *alondra*, *brío*, *caballo*, *cabaña*, *camino*, *camisa*, *carro*, *cerveza*, *legua*, *pieza* y *salmón*, que el español ha compartido siempre con casi todos los idiomas romances.

La otra lengua indoeuropea que se escuchó en España antes de la ocupación romana es el griego. Pero, a diferencia de lo que pasó con la lengua de los celtas, la de los griegos no parece haberse hablado sino en las factorías o instalaciones portuarias que para su tráfico comercial levantaron a partir del siglo VII a.C. esos ilustres e imaginativos competidores de los fenicios. Antes de Heródoto, la península ibérica se había incorporado al mito de Hércules, uno de cuyos trabajos fue el robo de las manzanas de oro guardadas por las Hespérides, hijas de Hesperia y del gigante Atlas, en un huerto situado en los confines occidentales del mundo (¿alusión a las relaciones comerciales de Grecia con la zona tartesia?): *Hesperia* procede de una palabra griega afín al latín *Vesper*, el astro vespertino de occidente; y el gigante *Atlas* o *Atlante* dio su nombre al Atlántico. Otro trabajo de Hércules fue la captura de los rebaños de Gerión, monstruo de tres cuerpos que vivía asimismo en el extremo occidental del mundo (¿interpretación de la lucha entre griegos y fenicios por el predominio de Tartessos?). En elaboraciones tardías del mito, es Hércules quien separa el continente africano del europeo con la fuerza de sus brazos, creando el estrecho de Gibraltar. (Recuerdo de esta hazaña eran las “columnas de Hércules”: una en Calpe, del lado español, y otra en Abila, del lado africano.)

Los griegos influyeron mucho en las artes y artesanías de la península (escultura, arquitectura, cerámica, acuñación de monedas, etc.), e introdujeron quizá el cultivo de la vid y del olivo, pero no fueron verdaderos pobladores o colonos, y así no dejaron ninguna huella lingüística directa.

Por supuesto, el patrimonio de voces derivadas del griego es enorme en nuestra lengua (y en muchísimas otras). Al griego se remontan *bodega* y *botica*, *cítara* y *crystal*, *historia* y *poesía*, *ángel* y *diablo*, *paraíso* (no *infierno*) y muchísimas otras. Pero todas estas voces patrimoniales nos llegaron en realidad a través del latín, que las acogió primero. (Lo cual, por cierto, sigue sucediendo. Los helenismos modernos pasan antes por el filtro del latín: decimos *cronología* y no *ironología* porque en latín no hay el sonido de jota; decimos *sismógrafo* y no *seismógrafo* porque el diptongo *ei* del griego se transcribe en latín como *i* larga.) La única huella específicamente hispana que dejó la lengua helénica es un puñado de topónimos. Ni una aldehuela de pescadores perpetuó el nombre de la celebrada Tartessos, pero en la costa del Mediterráneo (provincia de Gerona) el pequeño puerto de Rosas continúa el nombre griego *Rhode*, y el pueblo de Ampurias mantiene el nombre griego *Emporion*, que significa 'centro de comercio marítimo'.

"Tartessos" puede haber designado no sólo una ciudad, sino una zona extensa, quizá todo el sur peninsular, que es donde Estrabón, más de diez siglos después de la llegada de los fenicios, sitúa a "turdetanos" y "túrdulos". En el año 1100 a.C. fundaron los fenicios la ciudad de *Gáddir* (la *Gades* romana, la *Qadis* árabe, la Cádiz actual), que, como otras fundaciones posteriores, no fue simple puerto de escala, sino verdadero núcleo de población. La influencia fenicia debe haber sido muy grande. El alfabeto que se utiliza en la mayor parte de las inscripciones ibéricas es una adaptación del fenicio. Consta que en el siglo I a.C. todavía se hablaba en el sur de España una lengua púnico-fenicia, mientras que el turdetano o tartesio había desaparecido.

Esa lengua púnico-fenicia era la de la púnica Cartago, la más célebre de las colonias de Tiro y Sidón, que ya en el siglo V a.C. había sustituido a su metrópoli en el dominio del Mediterráneo, y cuyos ejércitos, en el siglo III, llegaron a ocupar la mayor parte de la península (hasta el Ebro y el Duero). Roma, imperio naciente, no pudo tolerar esta ocupación, y tras una guerra (218-201 a.C.) de importancia trascendental, cuyos episodios fueron asiduamente registrados por los historiadores, expulsó de España a los cartagineses. Éstos dejaron su huella en la toponimia: *Málaka* (Málaga), *Cartagena* (la 'nueva Cartago'), *Ebusus* (Ibiza). La misma palabra *Hispania*, con que los romanos llamaron el país recién conquistado, parece ser latinización del nombre púnico que los cartagineses le habían dado, y que significa 'tierra de conejos'. Por primera vez la totalidad de la península tenía un nombre unificador.



Adrede ha quedado al final de este desfile de habitantes prerromanos de Hispania el pueblo de los "váscones", situado por Estrabón en el mismo rincón en que viven los vascos actuales, en torno al golfo de Vizcaya, parte en España y parte en Francia. Nadie duda que, por mucho que se hayan mezclado con otros pueblos a lo largo de los siglos y por mucho que hayan venido a adoptar todas o casi todas las costumbres de la Europa moderna, los vascos actuales descienden genéticamente de aquellos primitivos váscones, mientras que nadie, pongamos por caso, se atrevería a afirmar en serio que los asturianos de hoy descienden en línea recta de los "ástures", a quienes Estrabón sitúa no lejos. Más aún: de la lengua de los "ástures" —cualquiera que haya sido— no se tiene ni idea, mientras que el vascuence sigue siendo hablado por muchos miles de personas. Es la *única* lengua prerromana que aún está viva; la única, por así decir, que el latín no logró poner fuera de combate. Se comprende que sobre los vascos de hoy, sus costumbres y su lengua (fragmentada en varios dialectos), su situación política en España, etc., y sobre los vascos de ayer, su lengua y sus hábitos, su encerramiento, su esporádica presencia en la historia general de España (salvo a partir de su auge en el siglo XVIII), etc., se haya escrito muchísimo.

Mucho se ha escrito, en particular, sobre la relación del vasco con el ibérico. La palabra *Iberia* figura varias veces en los historiadores griegos, desde Heródoto, y parece que acabó por designar vagamente toda la península, y no sólo la región del Ebro. Vagamente, o sea sin la historicidad y la precisión de la palabra *Hispania*. Por una especie de idealización, los iberos vinieron a ser vistos como los pobladores "por excelencia" de la península. En el siglo pasado llegaron a decirse cosas como éstas: "Los iberos llegaron a España en un pasado remotísimo"; "Los iberos pintaron los bisontes y caballos de Altamira"; "Los iberos esculpieron la Dama de Elche"; "Los iberos resistieron al invasor romano"; "Los iberos son los vascos". Y así como Sir William Jones creía (en 1786) que el sánscrito era "*el indoeuropeo*", así Wilhelm von Humboldt dijo (en 1821) que el vasco es "*el ibérico*" (o lo que queda de él).

Wilhelm von Humboldt fue un pionero ilustre, pero de sus tiempos a los nuestros mucho se ha avanzado. Hoy nadie piensa de manera tan simplista. Es verdad que la toponimia ofrece indicios de que el vasco se habló alguna vez en una zona mayor que la actual: *Aranjuez* (cerca de Madrid) está emparentado con *Aránzazu* (provincia de Guipúzcoa, en pleno país vasco); *Guadalajara* (también cerca de Madrid) es arabización de *Arriaca*, su viejo nombre vasco; *Alcubierre* (Huesca) y el río *Valderaduey* (en

la meseta castellana) son también topónimos vascuences. Pero nadie podría sostener que el vasco fue la lengua hablada por la mayoría de los pobladores prerromanos de la península. Incluso la enorme ventaja de haber sobrevivido está contrarrestada por el hecho de que no comenzó a dejar testimonios escritos hasta época muy moderna, y la lengua de esos testimonios es ya la actual, tan llena de palabras tomadas del latín y del español, que un lingüista moderno llegó a sostener —es verdad que con gran oposición por parte de sus colegas (y con ira por parte de los vascos)— que el vascuence no es sino una más de las lenguas romances.

Esto, en todo caso, ayuda a comprender mejor la dificultad de llegar a precisiones en cuanto al vascuence prerromano. No se sabe siquiera si los “váscones” llegaron desde África o desde el Cáucaso, a través del continente europeo: algunos, en efecto, han relacionado el vascuence con los idiomas caucásicos, mientras que otros le han encontrado afinidades con lenguas camíticas tan remotas como el sudanés y el copto. Lo único que se puede conjeturar menos turbiamente es que los iberos, más civilizados, influyeron en los antiguos váscones, y que así como el vasco se llenó de latinismos y de hispanismos a lo largo de los últimos dos mil años, así también debe haberse llenado de “iberismos” en oscuras épocas anteriores. El vasco vendría así a ser “testigo” del ibérico, pero el desconocimiento del ibérico impide precisar en qué sentido lo sería.

También se ha escrito mucho sobre las posibles influencias del vasco en aquellos rasgos de pronunciación, morfología y vocabulario que distinguen al castellano de los demás idiomas romances. Pero, por las razones expuestas, y salvo casos como la perduración de los nombres *Íñigo*, *Javier*, *Jimeno*, *García* y algún otro, poco es lo que puede afirmarse con seguridad.

Un hecho es claro: los vascos son uno de esos pueblos europeos que, por modernizados que estén, siempre han fascinado a los estudiosos por su “arcaísmo”, por su resistencia a las corrientes culturales exteriores. Un gran antropólogo vasco de nuestros tiempos ha descubierto entre sus paisanos una notable supervivencia de modos “paganos” de pensamiento mítico y mágico. El espíritu cerrado que los vascos han mostrado en tiempos históricos (su escasa permeabilidad a la cultura romana, a la cristiana y a la árabe, por ejemplo) debe haber existido también en tiempos prehistóricos. Al margen de los criterios científicos, algunos interpretan esto como señal de vigor e independencia; otros, como prueba de cerrilidad y barbarie. Los lingüistas observan serenamente, entre otras cosas,

que los vascos se enseñaron a escribir demasiado tarde, y que en pleno siglo XX siguen llamando *aitzcolari* (*aitz* es 'piedra') al que corta leña.

En el siglo XIX se inventó el término "Latinoamérica" —o "América latina"— para designar a todas las regiones americanas en que se hablan lenguas hijas del latín: no sólo los países de idioma español, sino también el Brasil, Haití y el Canadá francés. La palabra ha tenido mucha fortuna. Y, como nadie llama "latinoamericanos" a los canadienses de Quebec, se usa de hecho como sinónimo de "Iberoamérica": *Iberia* es la cuna del español y del portugués (el francés está excluido). Si hubiera en el continente americano regiones de habla catalana y vasca, serían asimismo parte de "Iberoamérica". La palabra "iberorromance" sirve para designar a todos los descendientes que el latín dejó en la península (portugués, castellano y catalán, con todos sus dialectos y todas sus variedades), y en la "Península *ibérica*" caben todas las hablas iberorromances y además el vasco.

En esta amplitud de la palabra *Iberia* podría verse un homenaje a Heródoto, padre de la Historia. Pero los lingüistas saben muy bien que "lo ibérico" es un concepto de poco rigor científico: abarca demasiado, y mucho de lo que abarca está plagado de incógnitas. En lo que se refiere a los tiempos prerromanos, nada se sabe de la relación del ibérico con una lengua tan importante como la tartesia. "Lo ibérico" es, sencillamente, un concepto cómodo. Englobar en él a los "cerretanos" y a los "oretanos" de Estrabón no suscita objeciones. El concepto de "lo ibérico" resume nuestras ignorancias. Es como decir "lo indígena", "lo prerromano", "lo prehistórico". Sólo así puede hablarse de la ascendencia ibérica de cierto vocabulario y (más nebulosamente) de ciertos rasgos morfológicos y aun fonológicos de nuestra lengua.

El vocabulario es lo más visible de todo. Véase, como muestra, este medio centenar de voces "ibéricas":

abarca	braga	galápago	losa	sabandija
ardilla	breña	gándara	manteca	sapo
arroyo	bruja	garrapata	moño	sarna
ascua	carrasca	gazapo	morcilla	tarugo
balsa	cencerro	gordo	muñeca	toca
barda	conejo	gorra	nava	tranca
barranco	coscojo	greña	páramo	urraca
barro	cueto	izquierdo	perro	vega
becerro	chamorro	lanza	pizarra	zamarra
beleño	chaparro	légamo	ráfaga	zurra

Hay que tener en cuenta que los romanos las escucharon (no en su forma actual, naturalmente) a medida que fueron haciendo contacto con los indígenas, pero de ninguna manera puede suponerse que las oyeran en todo el territorio. La península era un mosaico lingüístico, y estas palabras no son sino fragmentos minúsculos del mosaico.

La lista excluye las palabras de origen céltico que no eran novedad para los romanos, y cuyos descendientes existen en todas o casi todas las lenguas derivadas del latín (como *gato* y *salmón*, como *caballo* y *alondra*), pero incluye algunas que diversos autores en diversas épocas han atribuido específicamente al celta hispano, y que por ello se llaman "celtiberismos". Así, las palabras célticas *lanza* y *conejo*, aunque existen o han existido en provenzal, en francés y en italiano, fueron reconocidas por autores romanos, desde el siglo I a.C., como de origen hispano; uno de ellos, Plinio el Viejo, dice que no sólo la palabra *conejo* (*cuniculus*), sino también el animalito, es originario de la península ibérica. (Recuérdese el significado de la palabra púnica *Hispania*.)

Por lo que toca a las otras palabras, no es mucho lo que puede precisarse. Algunas constan en inscripciones latinas hechas en Hispania (*balsa*, *losa*, *páramo*); otras fueron reconocidas como hispánicas por escritores latinos, desde Varrón en el siglo I a.C. hasta San Isidoro de Sevilla en el VI/VII d.C. (por ejemplo *arroyo* y *coscojo*, *gordo* y *sarna*). Algunas (como *perro* y como el celtismo *beleño*) no subsisten sino en castellano; otras (como *rebaño* y *sapo*) sólo en castellano y portugués, y otras son propias también del catalán. Al lado de las que se han relacionado con el beréber (*carrasca*) hay las que presentan un aspecto ilirio-lígur (como *gándara*). En el caso de palabras como *izquierdo* y *pizarra* se ha pensado en un origen vasco. Pero toda conexión con el vasco antiguo es incierta, así que bien podría decirse que el español *izquierdo* y el vasco *ezker(r)* tienen un común origen "ibérico" —no de otra manera que el español *conejo* y el italiano *coniglio* tienen un común origen céltico.

Al recorrer la lista, el lector habrá advertido seguramente el curioso grupo de palabras hecho de *barro*, *gorra*, *zurra*, *perro*, *becerro*, *cencerro*, *chaparro*, *pizarra*, *zamarra* (= *chamarra*) y *chamorro*. Su sonora desinencia hiere inmediatamente el oído —y la imaginación. Son palabras muy "ibéricas" (o "carpetovetónicas", si se quiere), muy expresivas, muy "goyescas", con no sabemos qué de brutalidad o salvajismo, muy lejanas de la elegancia del francés y de la gracia del italiano. Claro que esta clase de juicios estéticos no tiene nada que ver con la ciencia lingüística. Pero sí cabe decir, científicamente, que la población "ibérica" tenía pre-

dilección por ese sufijo *-rro* (*-rra*), puesto que se lo encajó a voces latinas, como para hacerlas más enfáticas. La forma de la palabra *cigarra* (en cuya *rr* parece que oímos el chirrido de la cigarra o chicharra) no se explica por la forma de la palabra latina, *cicada*. A las palabras *pan*, *macho* y *búho*, que vienen asimismo del latín, se les añadió ese sufijo y se obtuvo *panarra*, *machorro* y *buharro*. Tal es también la historia de *baturro*, *cachorro*, *cotorra*, *gamarra*, *guijarro*, *chamorro*, *modorra* y *pa-chorra*, entre otras.

De manera análoga, las palabras *galápago*, *gándara*, *légamo*, *ráfaga* y *páramo* nos exhiben una terminación esdrújula muy "ibérica". Se trata de varios sufijos átonos que también se adhirieron a palabras latinas como para hacerlas más enfáticas. El elemento *lamp-* es latino (de origen griego, por cierto), pero las palabras *lámpara* y *relámpago* son típicamente "ibéricas" (en italiano y francés su forma es otra). El resultado normal del latín *murem caecum* ('ratón ciego') es *murciego*; pero —a causa, se diría, del recuerdo inconsciente de los viejos sufijos— se convirtió muy pronto en *murciégano* o *murciégalo*: tan inquietante animalito merecía un nombre expresivo. El más tenaz de estos sufijos átonos es *'-ago*: de ahí la forma *murciélago*, que ha venido a ser la predominante. Típicamente "ibéricas" por su terminación son *tártago*, *tráfago*, *lóbrego*, *muérdago*, *bálago* y *ciénaga* (pensemos en lo que va de *cieno* a *ciénaga*). También es fuerte y tenaz el sufijo átono *'-ano* de *cuévano*, *médano* y *sótano*. Seguramente por eso *cándalo* y *carámbalo* se olvidaron a favor de *cándano* y *carámbano*. Probablemente por eso el *nuégado* se llama *muégano* en México.

Menos vivaces son dos sufijos "ibéricos" acentuados: el *-asco* de *peñasco*, *nevasca* y *borrasca* y el *-iego* de *mujeriego*, *andariego*, *nocherniego* (o *nocharniego*), etc.

Por último —digno remate de este desfile de palabras "ibéricas" no por su sustancia, sino por su forma—, recordemos la *-z* de tantísimos apellidos, como *López*, *Pérez* y *Martínez*, cuya sustancia viene del latín: *Lupus*, *Petrus*, *Martinus*. Algunos creen que esta *-z* (presente también en *Muñiz*, *Muñoz* y *Ferruz*) es de origen lígur. Es probable. Lo seguro es que donde medró exuberantemente fue en Iberia.